

—Pues si los dos me han ofendido, los dos recibirán igual castigo.

—Sobre todo, es preciso reserva; que nadie sepa que yo he sido quien ha comunicado á vd. tal noticia, que se ignore que nos hemos hablado, y hasta que nos hemos visto.

—¡Ah!.... seré mudo y obraré.

Y Pedro salió á la calle, diciendo interiormente.

—¡Los dos morirán!.... Sí, los dos, porque ella y él me han vendido!....

—Va como un toro de Atenco á quien ponen banderillas de fuego—dijo Rossi satisfecho del buen éxito que habian alcanzado sus palabras.—Estoy seguro de que no trascurrirán veinticuatro horas, sin ver logrado mi intento.

CAPITULO XXII.

Un paseo á Santa-Anita y las Chinampas.

Pedro, al salir de casa de Rossi, indignado contra Enrique, como dejamos dicho en el capítulo anterior, marchó al embarcadero de la Viga, donde le esperaban sus amigos, tratando de distraer las terribles ideas que bullian en su mente.

El punto de reunion á que los habia citado, se encontraba en aquel momento lleno de canoas y de gente dispuesta á marchar á Santa-Anita.

Si me propusiera dar á conocer los diferentes tipos que forman el vasto país mexicano, no haria mas que describir el hermo-

so paseo de la Viga, en uno de los domingos del florífero mes de Abril.

Los grandes paseos de las capitales en dias festivos, son el receptáculo adonde van á parar, con sus trajes peculiares, los hombres de las distintas provincias de una nacion, y el punto, por lo mismo, en que el observador puede, de un solo golpe de vista, descubrir los diferentes matices que marcan el país en general, y á cada provincia en particular. Es el boceto de un gran cuadro, que da á conocer el paisaje, aunque despues sea necesario retocar, figura por figura, para llevarle á la perfeccion. ¿Y qué lienzo mejor preparado para delinear todas las figuras de un gran pueblo, que uno de esos paseos populares, donde se presentan todas las clases de la sociedad, para ser examinadas por el ojo escudriñador del filósofo?

¡La Viga!.... Seguidme á ese punto de recreo y de animacion, á ese delicioso paseo de la populosa capital de los antiguos aztecas, para observar á los personajes de nuestra historia, y conoceréis, al mismo

tiempo, al pueblo mexicano. Yo, fiel narrador de todo lo que pertenece á ese privilegiado suelo, donde tantas pruebas de deferencia me han dispensado sus hijos, pintaré, para sorprender hasta las mas ligeras sensaciones de las personas de mi cuadro, pintaré repito, en este paseo, las originales costumbres de los habitantes de aquel suelo encantador, sus agudos y picantes dichos, sus pendencias, sus amores, sus bailes, sus canciones, sus trajes y sus inclinaciones. Concurramos al sitio elegido por Pedro para celebrar su libertad, y conocerá el lector, ese risueño y animado paseo, á donde acuden en tropel las distintas clases de la sociedad, en elegantes carruajes la alta; á caballo parte de los jóvenes de la misma, y á pié la media y baja, para formar un conjunto heterogéneo, pero agradable, donde se mezcla y se confunde, como van á mezclarse en el espumoso mar los diferentes rios mas ó menos caudalosos, mas ó menos puros, que de distintos puntos han partido.

¡Tended la vista por todas partes! ¡Qué

alegría se advierte en los rostros de esa concurrencia sin número, que ocupa los diversos puntos de ese lugar destinado al placer y al olvido de todos los pesares! Mirad á la izquierda esa multitud de hombres y de mujeres del bajo pueblo que se agolpan al embarcadero para marchar á Santa-Anita, afanándose por entrar en aquella gran canoa que acaba de atracar. De ella sale la ronca voz del indio remero que, vestido con un ancho calzon blanco de algodón, sostenido por un ceñidor azul del mismo género, en mangas de camisa, descalzo, y cubierta su despeinada cabeza con un sombrero de petate de inmensas alas, grita con toda la fuerza de sus pulmones: "A dos por medio á Santa-Anita, á dos por medio: ¿Quién se embarca, que se larga la *Primorosa*?"

Escuchad el *jarabe* excitador que en el arpa y la *jaranita* (bandurria) tocan en este instante los músicos que están sentados al borde de cada canoa respectiva, pagados por los dueños, para que los que se embarcan puedan hacer su viaje bailando ó viendo bailar, y ved cómo en un momento se llenan

todas de gente *leperocrática*, para quien el pasado y el porvenir, son cosas que no merecen tenerse en consideracion, que se entrega con toda el alma al presente, que es el mundo, la existencia, el todo de esa gente del bajo pueblo, que no tiene exigencias que puedan atormentarla en lo mas mínimo, ni turbar la constante alegría que entre ella reina. Contemplemos ese grupo donde se encuentran unos vendiendo y otros comprando fruta, en tanto que la gente agrupada á la orilla del canal, se embarca en las canoas que sin cesar atracan. Ahí tiene vd., junto á esa robusta frutera, al *charro* (1) mexicano, con sus calzoneras de paño azul celeste, abiertas por los lados, para que la pierna esté libre al montar, con rica botonadura de plata para cerrarla cuando le parezca, dejando ver debajo un ancho calzon blanco; ved su bota *campera* (2), bordada de colores, que cae hasta cubrir el pié, y ase-

(1) Gente de campo, cuyo traje de montar es enteramente nacional y airoso.

(2) Semejante á la polaina ó botín de cuero que usan los andaluces para montar.

gurada por una liga, entre la cual y la bota lleva un cuchillo de vaina de acero, tanto para uso propio del campo, como para defensa suya; examinad su airosa *cotona*, especie de chaqueta que participa del jubon y de la chaquetilla que usan los andaluces, de suave cuero café, y sobre cuyos hombros y espalda cuelgan porcion de alamares de plata; fijad la vista en su faja de seda encarnada, bordada, con borlas de oro en los extremos que cuelgan por detras; analizad su redondo sombrero llamado *jarano*, de anchas alas galoneadas con cinta de oro, sobre las cuales descansa una gruesa *toquilla* (1) con *amarres* (2) de plata, sostenida por dos enormes *chapetas* (3) del mismo codiciado metal; fijad la vista en la rica *manga* (4) azul ó morada que lleva al hombro,

(1) Grueso cordon de oro, plata, fina piel, ó de chaquirra, en forma de culebra enroscada, colocado al rededor del sombrero.

(2) Los extremos en que se une la toquilla.

(3) Adorno figurando águila ú otra cosa, que se coloca á ambos lados del sombrero entre la copa y el ala, para que no salga la toquilla al quitarse el sombrero.

(4) Dan el nombre de *manga* á una pieza redonda de

galoneada con cinta de oro al rededor, y decidme luego si puede haber traje mas propio para montar á caballo. Solo le falta, para completar el vestido de *charro*, su gran espada y sus enormes espuelas, distintas en todo á las que se usan en Europa.

Pero entre ese océano de gente que bulle y hormiguea, grita, rie, vende y canta, nada llama tanto la atencion de los que pasan, como un grupo de ocho hombres que con pantalon blanco, chaqueta corta ajustada, faja de seda encarnada, sombrero poblano, *lorongo* echado sobre el hombro, se ocupan, mientras esperan sin duda á alguna persona, en requebrar á cuantas jóvenes pasan.

—Mucho se *dilata* mi compadre Pedro.

Dijo uno de los ocho, en cuyo rostro se ostentaba un enorme chirlo que le cruzaba el carrillo izquierdo.

—Estará disponiéndolo todo para el baile de esta noche.—Contestó otro de no mejor catadura.—Hoy es día de jarana, y ya

pañó, de dos varas y media de largo, abierta de en medio para meter la cabeza ó embozarse cuando llueve.

que le toca hacer el gasto, *quedra* quedar bien con sus valedores.

—Lo que me *admira*, añadió un tercero, es que *haiga* salido tan pronto de la casa de campo (1). No me *chispé* yo con esa facilidad cuando me echaron el guante.

—Ni yo.

—Ni yo.

Respondieron á la vez los otros cinco.

—Porque vdes. no tuvieron mujer bonita. Dijo el segundo.

—Dice bien D. Dolores;—dijo uno de los quejosos.—Para ablandar á los *escribas* y á los jueces, lo *mas mejor* es dinero ó *naguas*.

—¡Pues qué,—añadió uno de faz morena y labios amoratados—ha habido algo contra los mandamientos?

—Dicen que si hubo ó no con un *catrin* (2) que protegió á Pilar, y por el cual salió libre Pedro antes de cumplir la condena.

—Nadie hable mal de la mujer de mi compadre, señores:—dijo el primero, con marcada prueba de *disgusto*—y el que lo

(1) Cárcel.

(1) Elegante, lechuguino.

haga, tendrá que sacar su *jierrro* para *rifar-se* conmigo. Yo soy su amigo y no *quero* que *nenguno* le falte.

—Todos lo *semos*, D. Encarnacion—contestó el del chirlo—y *naiden* trata de ofenderle. Contamos lo que cuentan, y *nada mas*.

—Yo, valedores—repuso el defensor de Pedro—hubiera sido el primero en darle un *jierrazo* á ese *roto* (1); pero mi compadre es muy hombre para hacerlo cuando le parece *conviniente*.

—No hay *pior*—añadió el del chirlo—que casarse con las que la *queren* echar de *sabiondas*, pues les cuadra mas que les *platiquen* los de tiros largos que los de *jorongo*. *Dende* que ví á Pilar, dije para mis adentros, esta *jiede* á *catrina*. La verdá, valedores, mas *quero* yo una china de esas del barrio de la Palma, que *toditilas* las criadas que la echan de señoras.

—Si no son por el *chisgo* de esa que está cerca de nosotros.

(1) Epíteto insultante que aplican á la gente decente.

—¿Cuál?

—¿No la ves?

El del chirlo volvió la cara hácia el sitio que su interlocutor señalaba, y dijo:

—¡Caramba si es linda! Voy á ver si no se me muestra *polinaria*.

—¿Y si anda por ahí su *amasio*? (1)

Dijo D. Encarnacion.

El del chirlo pareció cambiar de opinion con aquella observacion, y se detuvo.

—¿Qué, te llamas? (2)

Le advirtió D. Dolores.

—Yo no me llamo nunca: soy *puritilito* hombre, y *naiden* me tapa el *resueyo* (3).

Y echándose el sombrero sobre la oreja, y embozándose en el *jorongo* para cubrirse el chirlo que le cruzaba el carrillo, se dirigió despacio y con aire truanesco, hácia una simpática jóven de ojos árabes y provocativo seno que, en compañía de una anciana, estaba en espera de que atracara una canoa.

Vestia esta jóven unas vistosas y anchas

(1) Querido.

(2) Retratar.

(3) Me asusta, me mete miedo.

enaguas de floreado castor con cenefa negra, que llegaban desde su estrecha cintura hasta mucho mas arriba de la garganta de un pié diminuto, sin média, y calzado por un zapatito de raso blanco que dejaba ver su elevado empeine: otras enaguas interiores blancas y limpias, finísimamente bordadas, dejaban ver dudosamente sus graciosas ondas que sobresalian del vestido, formando con éste agradable contraste: una faja encarnada de seda, ceñia su flexible y mórbida cintura: un rebozo matizado de vivos colores, con el cual se embozaba graciosamente, cubria su bordada y escotada camisa, aunque no podia impedir que ocultara las bellas formas de su turgente y elevado seno: su pelo abundante, lustroso y negro como el azabache, caia en dos gruesas trenzas, unidas en sus extremos por anchas cintas de raso azul sobre su bien formada espalda; y sus ojos negros, grandes y rasgados, velados por largas y sedosas pestañas, prestaban á su fisonomía ese irresistible atractivo que se encuentra en las seductoras hijas de Moctezuma.

—¿Va vd. en esa canoa, mi alma?

Dijo el del chirlo acercándose á la jóven con gachonería, y guiñando el ojo á sus compañeros que le observaban.

—¿Es vd. mi confesor para que le dé razon de mis *aiciones*? yo me iré donde me nazca.

—¿Se ha enojado vd?

—No soy *tamal* (1) para enojarme.

—¿*Quere* vd. que la acompañe?

—No necesito vejigas para nadar.

—*Mire*, aquí hay *tlacos*. (2)

Añadió el *lépero* sonando con la mano el dinero que llevaba en el bolsillo.

—No soy *gayina* para que me suene el maíz.

—Vamos, *cirilo* ó *norte*. (3)

—*Norte*.

—¿Se muestra *polinaria*?

Preguntó uno de los siete que miraban.

—Pero *de altiro*.

(1) Maza endulzada hecha de maíz y muy sabrosa que se envuelve en hojas del mismo.

(2) Dinero.

(3) Sí, ó no.

Contestó el del chirlo, sin quitarse de donde estaba la jóven.

—Dila que le pagas el viaje á Santa-Anita y que venga en nuestra canoa para bailar un *jarabe* conmigo.

—¿Y no *queres* bailar lo con la que le acompaña?

—No, valedor; que es *noche* (1) y *casimira* (2), y no estoy por la *vigilia* (3): déjala sola y ven con la jóven que es la mas *boni facia* (4) de *todititas* las mujeres.

El del chirlo volvió á guiñar el ojo á sus compañeros, se caló un poco mas el sombrero, subió el embozo que se le empezaba á caer, se aproximó en extremo á la jóven, y le dijo casi al oido:

—¿*Quere* vd. dispensarme una gracia?

—No soy obispo para dar dispensas.

Y la jóven le volvió la espalda con desden.

—¿Qué te dice ese hombre, Juana?

(1) Anciana.

(2) Bizca, que casi mira una cosa y casi otra sin que se sepa á quién.

(3) Viejas.

(4) Bonitas.

Le preguntó la vieja.

—La digo, contestó el lépero, si quiere que le acompañe á Santa-Anita.

—¡Y de qué taconeas tan recio (1)—replicó la vieja.—Sepa que mi hija no necesita de emplastos mal pegados.

En aquel momento se acercó una de las muchas canoas que iban á emprender su marcha.

—Vamos, Juana,—añadió la vieja—darémos una vueltecita para venir pronto, pues ya sabes que á la señorita Luisa le gusta que te retires temprano.

Y la jóven, acompañada de la anciana, entró en la canoa sin hacer caso del que le habia hablado.

—Oiga vd. mi alma—dijo el del chirlo viéndose abandonado—no se vaya vd., pues vale mas la atencion que el dinero.

Pero su voz se perdió entre el continuo guirigay del gentío, y la canoa desapareció á poco, dejando percibir apenas el acento de alguna popular cancion que los músicos

(1) ¿De dónde le viene esa confianza?

entonaban, acompañándola con los acordes del arpa y jaranita.

—Te ha hecho de al tiro de segunda fila.

Dijo el compadre de Pedro al ver estupefacto al del chirlo.

—No hay peor que chiquearlas (1); lo mejor es á chaleco (2). Pero aquí llega Pedro; ¡caramba! y que *caraiter de cara* trae tan enojado.

—¡A la canoa, señores!—dijo Pedro en cuanto se acercó al grupo que le esperaba, desapareciendo el ceño que hasta entonces se notó en su rostro.—Me han detenido, y no he podido venir antes: pero *á bien* que la tarde es larga.

—¡A la canoa!

Exclamaron todos; y penetraron en una donde bailaban varias parejas al son del arpa y la jarana, uno de aquellos animadores *jarabes* en que lucen su pequeño pié las graciosas mujeres del pueblo bajo de México.

Pero dejemos á esta canoa y á otras ciento

(1) Mimarlas.

(2) Por fuerza.

que se llenan de gente, y entremos nosotros, para seguir á nuestros personajes y conocer el sitio á que se dirijen, entremos, repito, en una de aquellas pequeñas que, por no tener músicos, solo son ocupadas por personas de mejor educacion. La tomaremos por entero para ir con toda libertad; yo les pagaré á vdes. el viaje, que en esto, los escritores somos gente franca y servicial. ¡Bien! ya estamos dentro de ella: ya se desliza por el estrecho canal con direccion á Santa-Anita. ¡Mirad, mirad, qué vista tan sorprendente presenta desde aquí el paseo de la Viga! Ved en toda esa línea que forma la orilla derecha del canal, y que se extiende desde el embarcadero hasta el puente en que está la puerta de la ciudad, un considerable número de bancos de ladrillo, cubiertos de gente de todas clases, sexos y edades que se encuentran bajo una hilera de frondosos árboles que guardan el mismo orden que los asientos: mirad esa otra multitud que, colocada en la verde alfombra que orla el borde del canal, y sombreada por los espesos fresnos que á la orilla de to-

do el lago se elevan, contempla á los que van y vienen del pueblecillo tantas veces mentado: fijad la vista en ese número considerable de vendedoras de *tamales*, naranjas, coco y caña dulce: en la jóven que sobre una mesa cercada de verdes ramas vende la *chicha-fresca* en un barril pintado con listas blancas y encarnadas: á las que despachan esa espuma hecha de la cáscara del cacao, que aun recuerda la bebida de los antiguos aztecas y que dió origen al chocolate de Europa; y en esa porcion de dulceros, neveros y rosquilleros, cuyos gritos penetran en los oídos de los muchachos con tanta dulzura, como en un readido amante las palabras de amor de la hechicera que le tiene cautivado.

Proseguid mirando en tanto que navegamos, y notareis, pasada esa barrera de gente que ocupa la orilla del canal y los bancos de ladrillo, notareis, repito, otra calle paralela, orillada por ambos lados de copudos árboles, donde ruedan, tirados por arrogantes caballos, los lujosos y dorados coches en que ostentan su riqueza y hermosura,

esas lindas jóvenes de la alta sociedad, bellas como las flores de su fértil suelo, cuya seductora sonrisa tratan de merecer esos elegantes jóvenes que, en briosos corceles cruzan el paseo, manifestando en su apostura, la indisputable maestría en el manejo del obediente cuanto fogoso animal. Llevad mas allá la vista, y despues de otras dos hileras de árboles que se extienden paralelamente á lo largo del paseo, y por entre esas pintorescas y humildes casuchas en que habitan los indios, ved, repito, ese gran número de columpios y voladores, todos ocupados por esa clase artesana y sirviente, que no piensa en esos felices momentos mas que en gozar y divertirse.

Pero ya hemos pasado el puente de la puerta de la ciudad hasta el cual llega el paseo de los coches, que mide 1267 varas de largo, y solo nos faltan para llegar al pueblecillo de la fiesta, 600. Dirijamos la vista por última vez, y antes de saltar á tierra, por el prolongado canal, sobre cuyas inalterables aguas navegamos, para abarcar en globo cuanto nos redea. Allí, á la

derecha, dominando ese inmenso campo cubierto de árboles y flores, se descubre el venerando bosque de Chapultepec, con su colegio militar situado en el vértice de una eminencia que se levanta en un extremo del expresado bosque, como un blanco condor, cerniéndose magestuosamente sobre las copas de los árboles. A regular distancia de este vigilante centinela que parece cuidar los venerandos sitios de los egregios héroes que precedieron al desgraciado Moctezuma, se descubren, al través de espesas y abundantes enramadas, porcion de bonitos pueblecillos, unos al pié, otros en el declive, y no pocos en el vértice de los suaves y pintorescos cerros, iluminados por los dorados rayos del sol, aunque todos ventajosamente situados sobre una rica y matizada alfombra de verde grama. A nuestra izquierda, y por entre los claros de los copudos fresnos que al pié de las montañas sombrean su base, déjanse ver repartidas algunas cabañas llamadas *jacales*, y pacíficas aldeas ó *ranchos* de indios, como los llaman en el país, y allá, quietos, sobre la inmensa

extension de la llanura, preséntanse siempre con aspecto imponente y magestuoso el Popocatepelt y el Iztaccihualt, los dos gigantes poderosos del valle, velados de blancas vestiduras, cuyas nevadas cabezas se ocultan en el flotante pabellon del cielo que forma su brillante aureola, que el sol salpica de variadas perlas.

¡Cuántos encantos reúne el conjunto de aquel paisaje sin rival, que se descorre poético y risueño por cuanto alcanza á contemplar la asombrada vista!

Rios, lagos, acueductos, selvas, bosques, canales, verjeles y volcanes, aldeas y ciudades, se extienden por aquel ameno valle que ostenta la vegetacion de todas las zonas, como que reúne en sí solo todos los climas de la tierra.

¡Grandioso espectáculo ante el cual suspende la imaginacion sus facultades, sorprendida por tantas maravillas, y donde el alma conmovida de asombro y de placer, se reconcentra en sí misma para admirar á Dios!....

Pero lo que enagena el espíritu de todo

el que concurre, con objeto de observar, á este popular paseo, es ese prodigioso número de canoas de todos tamaños, cubiertas de gente que no cesan de conducir pasajeros del embarcadero al pueblo de la fiesta, y de este al embarcadero. ¡Cuántas veces al recorrer venturoso por ese ameno verjel, he recordado los pintorescos caseríos de Alvia, Deusto, Olaveaga y el Desierto, que se extienden á la orilla del Nervion, que lame cariñoso el pié de la risueña villa de Bilbao en que rodó mi cuna!... ¡Cuántas veces preocupado con los recuerdos históricos que poetizan aquellos deliciosos sitios, he creído ver destacarse de la superficie del manso canal, las nobles figuras de los héroes aztecas, españoles y tlascaltecas, cuyos notables hechos realizan las maravillas de los guerreros de la fábula.

○ Aquí mismo, he pensado, sobre este humilde canal que cubierto de canoas descubro, cruzaron centenares de las mismas, llenas de valerosos indios, disputando el paso á los bergantines que, para poner sitio á México, hizo construir Hernan Cortés en

el corazón de aquel vasto reino, y conducir luego sobre los hombros de los tlascaltecas sus aliados. El silbido de la flecha, el estruendo del mosquete, el golpe de la espada, el aullido de los indios, el *cierra España* de los españoles, todo se presenta á mi imaginación que recorre en un momento la terrible historia de aquel sangriento sitio puesto en Mayo de 1521 por Cortés, sitio que duró setenta y cinco días, y en el cual perecieron doscientos mil mexicanos que defendieron la capital con un valor y una constancia, que honrará siempre á sus defensores. Pero dejemos digresiones, y ocupémonos de la gente que concurre á la fiesta.

Ahi vuelve de Santa-Anita *El Clavelito*, conducido por dos indios remeros; compitiendo en ligereza con él, se vé á *la hermosa Rebeca*, á *la Sierpe* y á *la Dichosa*, en cuyo costado se leen estas palabras: *sirvo pero no de balde*, llenas todas de personas de ambos sexos y edades, sobre cuyas cabezas se ostentan coronas de flores, hechas por los indios de Santa-Anita, y sin las cuales ningun-

na mujer ó niño acostumbra volver de la bulliciosa fiesta.

Ocupando el centro de otras muchas canoas, vuelve el honrado artesano, rodeado de su numerosa prole, llevando su esposa é hijos ceñida la frente con matizadas coronas de flores, y divirtiéndose con las otras embarcaciones en que suena la música, y donde los pasajeros cantan y bailan sin descansar un momento.

Pero sigamos la canoa en que vimos entrar á Pedro y sus camaradas: acerquémonos á ella, y oigamos lo que pasa dentro, pues oigo los gratos acordes del arpa y la *jarana* y canciones populares, y esto me agrada.

—Eche vd. un versito del *Caray*, D. Regino.

Dijo á los músicos el compadre de Pedro.

—Allá va D. Encarnacion. (1)

Y el tañador de arpa, sin hacerse espe-

(1) Entre la gente del bajo pueblo hay una afición decidida á poner á los hombres nombres de mujeres: así es que con frecuencia se llaman D. Dolores, D. Pilar, D. Margarito, D. Genovevo, etc.

rar, cantó el siguiente verso, colocando á la conclusion de cada pié el estribillo *caray*.

Cuando á una mujer del dia
Muestra un hombre un duro en plata,
Suele hacer mas *reverencias*
Que un *maromero* (1) en la *riata*.

—¡Bien, valedor! otro versito por ese *chisgo*.

Exclamó el del chirlo que bailaba con una graciosa jóven; y los músicos prosiguieron con este.

La mujer es como un mueble
Que rematándolo están,
Que despues que ofrecen todos,
Se va con el que da mas.

—Ese me *cuadra* mas que el otro.—Dijo el compadre Encarnacion—tiene vd. una voz *rebusta* y *sempática* que de *al tiro* cautiva.

—¿Y qué dices, valedor—le preguntó uno de sus camaradas—de la que baila?

(1) Por volatin.

—Que lo *chirimitea* (1) *perfectamente*, y que no se muestra *polinaria* como la que acompañaba la vieja; pero mas que todas me *cuadra* esta *chatita* (2) que está á mi lado.

Dijo dirijiéndose á una graciosa *china* (3) de enaguas cortas y cubiertas de lentejuelas, rebozo de seda amarillo que al desembozarse, lo cual lo hacia con frecuencia, dejaba ver una camisa escotada, bordada de sedas de colores, que mal cubria su elevado y provocativo seno: su faz graciosa y de un color moreno suave, ó *apiñonado*, como dicen en el país, recobraba mas atractivos por las ondas que sobre su despejada frente formaba su negro, crespo, pero suave pelo que, en dos gruesas trenzas, unidas en sus puntas por una cinta de raso amarillo, venian á quedar sujetas en un ceñidor encarnado de seda que oprimia su estrecha y flexible cintura: su pié pequeño, co-

(1) Que lo borda, lo adorna.

(2) Palabra de cariño que se usa para designar á una jóven graciosa.

(3) Como manolas de España.